





**RELATIVO A LA ETERNIDAD
DE LOS INSTANTES**

MARTÍN CANTALUPI

- Ilustrado por: ERNAN CIRIANNI

Cantalupi, Martín

Relativo a la eternidad de los instantes / Martín Cantalupi ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Ernán Cirianni. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015.

108 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 5)

ISBN 978-987-3772-09-2

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Cirianni, Ernán, ilus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

————— **Ministerio de Cultura** —————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



MARTÍN CANTALUPI

MAR DEL PLATA, BUENOS AIRES, 1986.
Es co-creador de un local cultural y gastronómico. Actualmente cursa las últimas materias de la carrera de Ingeniería Química en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Es autor de la novela *Queda Pendiente* y la saga *Historia de las Almas Encerradas*.



ERNAN CIRIANNI

BUENOS AIRES, 1976. Es historietista y gestor de actividades en torno a la historieta. Historietas suyas fueron publicadas en fanzines, diarios y revistas de Colombia, Bolivia, Brasil, México, Chile, Uruguay, Venezuela, España, Francia y Argentina. Edita la revista *Cabula*, de historieta experimental y forma parte del CEO de la editorial *Burlesque*. Edita junto a *Marco Tóxico* de Bolivia y *Nomás*

de Colombia la revista *Invasor* de historia, ilustración y serigrafía. Se puede ver su obra en:

- decomomehicericoyfamoso.blogspot.com.ar



CON JOTA MAYÚSCULA



Con las dos bolsas del almacén en sus manos, a pocos pasos de estar afuera de ahí, Roberto Manuel Izarutto temió por lo que se avecinaba. El tiempo pareció detenerse, se dilató como en esos momentos previos a una catástrofe. La campanita que sonaba siempre que la puerta se abría no había terminado aún

de tintinear, cuando de la boca del joven, al cruzarse cara a cara con él, salieron las palabras que el ex réferi temió escuchar durante veinticinco años.

–Usted... –dijo el chico, y ya no había qué hacer para esquivar las piñas del destino que volaban hacia su mentón. De refilón, como un fantasma que observa a los vivos desde un rincón oscuro, atisbó los colores de la camiseta del pibe—. ¡Usted es Izarutto!

Años atrás, antes del exilio, no habría



sido extraña aquella situación. Cuando caminaba por la calle, cuando entraba a comer a algún restaurante, cuando iba al teatro, al cine, al banco; siempre lo reconocían. A veces recibía un insulto. No él, sino su madre. Otras una felicitación, o un agradecimiento; un sutil mimo al alma. Él caminaba erguido, se imponía entre la gente, respondía con una sonrisa y un ‘gracias’ tanto a puteadas como a gritos de aliento, y se hacía respetar con sólo respirar. Caminaba entre la gente como lo hacía en la can-

cha, y ellos se ponían las manos detrás de la espalda, sujetadas, como si Izarutto pudiera hacer gala de su autoridad y sacarles tarjeta ahí mismo; en la calle, en el restaurante, en el teatro, el cine o el banco.

No era un gran apodo, tal vez. Pero era el suyo. Al principio le pareció poco original, liviano. Le parecía que podría flotar y escaparse volando por el aire. Pero la primera vez que lo leyó en el diario comprendió dónde estaba el peso de aquel apodo. En la jota mayúscu-



la. El Juez, con jota mayúscula, sí era un gran apodo, sí lo satisfacía. Con jota mayúscula no podría escaparse volando. Si la miraba bien, la jota mayúscula hasta tenía forma de ancla, de gancho; de llegar para quedarse. El Juez Izarutto. Ése era él. Roberto, El Juez, Izarutto. En la cancha, y afuera también.

Desde que nació, Roberto Manuel Izarutto fue hinchita de Deportivo Santa María. Era lógico, no podía esperarse otra cosa, habiendo nacido ahí, en ese barrio. En la casita en la que se insta-

ló su abuelo después de llegar de Italia, corta pasada anterior por un conventillo, y en la que nació su viejo, algunos años después. La casita del pasillo largo hasta el fondo, de baldosas gastadas, que moría en la puerta de madera pintada de blanco, que se descascaraba siempre, sola. Desde que tenía memoria sus colores eran el rojo, azul y blanco. Los de la camiseta del Santa María. Los del barrio.

La tarde del incidente, la previa al exilio de veinticinco años, fue una tar-



de fuera de lo común. Cómo llegó él, El Juez Izarutto, árbitro de primera división, a dirigir aquella final de una categoría menor, nunca se supo. Primero se enfermó tal, después se le murió la mamá a tal otro; y por esas cosas del destino, que algunas veces hace generala de tragedias alrededor y deja el camino allanado, lo llamaron a él.

Todo el mundo hablaba de lo mismo. Parecía que la primera del fútbol argentino había quedado desplazada de la mirada del país, sólo por esa semana.

‘¿Cómo Izarutto va a dirigir la final, si es sabido que es fanático del Santa María? ¡Hasta lo dijo él, hace cinco años, en una entrevista!’. El Juez escuchaba la radio divertido, con la seguridad con la que cobraba penales. Todo el mundo arribaba a la misma conclusión. No era cualquier árbitro. No era como la vez que Antonio Guiraldo había dirigido aquel recordado River Boca, cuando todos sabían que era bostero. Ese había sido catalogado, tal vez de manera exagerada, como el peor arbitraje de la



historia. ‘Pero no estamos hablando de un referí cualquiera, señores...estamos hablado de El Juez Izarutto; tipo intachable si los hay’, dijeron en la radio, y los ecos de la amplitud modulada recorrieron la Argentina; y fueron noticia, fueron tinta impresa en los diarios, fueron charla en el café, fueron comentario de un vecino a otro, en la vereda, con el mate en una mano y la pava humeante en la otra. Fueron verdad aceptada, como todo lo que se repite demasiado. Aceptada incluso por su

protagonista, Roberto Manuel Izarutto. El Juez tendría la capacidad ética y moral para conseguir ser cien por ciento objetivo durante los noventa minutos del partido.

Y no sólo era la final. Era el clásico. Deportivo Santa María versus Club Atlético Independencia. Clubes vecinos, barrios pegados; enemigos históricos. La camiseta del Atlético Independencia era verde, toda verde. Las Cotorras, era el apodo despectivo, el que más le gustaba a Izarutto.



La tarde de la final llegó con una llovizna sutil. Ni siquiera tenía la pinta de esas tormentas inmensas, terribles tempestades que anuncian cambios. Era de esas lloviznas que molestan, que obligan a los que usan anteojos a secarlos una y otra vez. Ahí estaba él, El Juez Izarutto, parado en la cancha, listo para dar la orden. De un lado el verde cotorra que le habían hecho odiar desde pequeño. Del otro los gloriosos rojo, azul y blanco. Los suyos. Pero Izarutto lo habló consigo mismo, se dio la orden

antes de pisar la cancha, con la pelota en la mano. Durante noventa minutos, sería netamente imparcial, objetivo.

Cada vez que lo recuerda, lo vive de nuevo. Como si ocurriera en ese momento mismo, y la existencia tuviera las dimensiones exactas de su recuerdo; su largo y su ancho, su profundidad y su tiempo.

Suena el pitido, y arranca el encuentro. La llovizna sigue insistiendo. Las hinchadas, por el momento, se limitan



a cantar. Hay un bombo en una de las cabeceras de la cancha. El sonido del bombo es insistente como la llovizna, y retumba mecánico y firme, dándole latido a un engrudo de gente unificada. Y así pasa el primer tiempo. Vacío. Y por eso Izarutto, El Juez, suspira; y descubre que arrancó nervioso. Descubre que temía, desde el vestuario, no encontrarse a la altura de las circunstancias. Pone él mismo su objetividad en tela de juicio. Pero suspira, porque el partido es un cuerpo inerte y baboso que no camina

por sí mismo; apenas respira.

Comienza el segundo tiempo. Izarutto saca una amarilla. ¿A quién? A Leopoldo Arnaldo Maza, el diez del Santa María. Imagina, entonces, a los parroquianos de los bares del barrio vecino hablando al día siguiente, imagina esas charlas de lunes, tomando la amarilla como prueba irrefutable de su profesionalismo. ‘Amarilla a Maza’, eso piensa que dirán, ‘Izarutto es el mejor árbitro de la historia de la República Argentina’.



Se reanuda el partido. En tres pases el Independencia llega al área rival. Quedan solos los dos, arquero y delantero. El arquero sale a achicar. Izarutto piensa que el pibe del Independencia se va a cagar en las patas, porque debutó sólo dos fechas atrás. Y ahí no más, como vengando la fama que el árbitro le hace en su mente, el pibe, atrevido, se la pica al arquero. Y la pelota sube y le pasa por arriba, y el arquero gira sobre sí mismo y corre hacia el arco; el que se supone que debía proteger, esa tarde más que

ninguna otra. La pelota alcanza la altura máxima, el punto de inflexión de su trayectoria. Izarutto piensa lo mismo que el arquero, por unos pocos segundos esa idea se mantiene en su cabeza. La pelota se va a ir afuera. Va a pasar bastante arriba del travesaño. Entre las gotitas, como en cámara lenta, El Juez sabe que el arquero ve lo mismo que él. Ven, los dos, el efectito que el pibe le dio a la pelota cuando la picó. Se hace presente, más que antes, más que cuando subía. Y, en lugar de seguir su camino e irse

©

afuera, la pelota, girando sobre su eje continua y velozmente, empieza a bajar pero, mientras lo hace, se va frenando. Desciende como hubiese descendido sin efecto, pero no avanza tanto, se frena de a poco. Y el arquero se aviva, y la adrenalina saca las estacas de sus pies, y lo obliga a correr desenfrenado, como para salvar su propia vida, hacia el arco. Y la pelota baja, girando, baja. Y el arquero salta con la mano estirada, y no llega por poco, por cinco o seis centímetros. Y es gol.

El Santa María, su Santa María, pierde por un gol. Y la jugada del gol arrancó en tiro libre. Y el tiro libre lo cedió él, Roberto Izarutto.

El partido sigue complicado. Porque a falta de goles, el Santa empieza a repartir patadas. Y entonces Izarutto tiene que cumplir su rol, por más que le pese, y sancionar. Y así, a los veinte del segundo tiempo, con tres amarillas en sus espaldas, el Santa María, el equipo de su vida, pierde a su primer hombre. Doble amarilla, y afuera. El técnico, a



los gritos, reacomoda la defensa para que no quede discontinua, como la dentadura de un niño de seis años. El tiro libre se va afuera. Izarutto respira, aliviado, y descubre que estaba aguantando el aire. Intenta activar de nuevo ese mecanismo de su cerebro, accionar esa palanquita que lo deja funcionando en modo objetivo. Falla una vez, y luego otra, y otra. Y mientras está fallando, a quince minutos del final del encuentro, a quince de que el Santa María pierda ante el Independencia, cobra otra falta

más. Una falta de poca relevancia. No una falta violenta, ni en un lugar que comprometa al Santa María. Pero Arnaldo Maza corre a protestar y se planta ante El Juez Izarutto, con las manos agarradas detrás de la espalda. Izarutto lo calma y gira sobre sí para seguir el partido. Pero Maza está descolocado, y de su boca sale su desesperación.

—Izarutto y la gran concha de tu madre —le dice, sólo para crear los cimientos para la simple y devastadora palabra que vuela para clavarse en lo más hon-



do del pecho del árbitro—. Vendido.

Roja. Y el Santa María queda con nueve. Y toda la hinchada, los padres con sus niños, las viejitas, los que se cuelgan del alambrado en los goles; todos, cantan, con una música popular y pegadiza, una letra muy similar a la frase de Maza, el diez expulsado.

El partido que sigue es de baile y fiesta para el Independencia. Toques y lujos. Media cancha en que no se juega, y otra media en la que hay más danza que fútbol. Pero sin goles.

Y así, entre cantitos de aliento y estertores de agonía mezclados, llega el minuto cuarenta y cinco del segundo tiempo. Izarutto da dos minutos de alargue. Piensa en lo poco que falta para el final. Siente que va a lograrlo, que va a conseguir terminar el partido manteniéndose firme en su juicio imparcial, a pesar de haber titubeado, de haber estado al borde del flaqueo.

Minuto y medio del alargue. El nueve del Independencia cabecea un centro. El arquero no llega, porque es físi-



camente imposible lograrlo. La pelota pega en el travesaño y cae a sus manos, tocada por un ángel rojo, azul y blanco. Y entonces todo cambia, como si la fiesta hubiese terminado y abrieran las puertas del lugar, de golpe, y dejaran escapar a todos los invitados que se apiñaban en las salidas.

El arquero saca. El pelotazo llega hasta poco más de la mitad de la cancha. El cinco del Santa María la baja con el pie, sin esfuerzo. Izarutto corre junto con el resto de los jugadores. Mira su

cronómetro mientras lo hace. Faltan veinte segundos. Arma en su mente la jugada que creé que podría llegar a ver, pero la borra al instante; los dos expulsados dejaron huecos demasiado grandes como para que funcione. Lo mismo debe pensar Juan Alberto Mariani, el cinco, que después de bajarla, sin perder un segundo, elije la jugada individual y se manda. Pasa a uno, tira un caño para recuperar el honor, deja otro atrás. Llega al área grande de frente al arco, tirado a la derecha. El cuarto



guerrero que intenta frenarlo se tira a barrer, y sigue de largo porque Mariani la engancha. Son sólo él y el arquero del Independencia. Y las hinchadas, una marea de sonidos inentendibles.

El Juez Izarutto llega apurado a la medialuna. Se planta ahí, justo cuando Mariani mide todas las distancias; la que hay entre el arquero y él, entre la pelota y el arco, entre el piso y las posibles manos extendidas hacia arriba, entre el arquero y el poste derecho, entre el arquero y el poste izquierdo, entre su

papel mediocre en la historia del fútbol argentino y su pase indiscutible a la fama, el recuerdo y la tapa de El Gráfico. Izarutto mira de reojo el cronómetro justo cuando el cinco levanta el pie para patear. Nueve segundos.

Y Mariani patea. La pelota no sale con comba. Es un bombazo, directo. El arquero la roza, apenas, y se le van las manos para atrás. Pero ese roce sutil la levanta, y la estrella contra el travesaño, repitiendo la historia del área contraria.

La pelota se eleva. Mariani se toma el



rostro y cae de rodillas, acabado. Con él cae la esperanza de los hinchas. El Santa María perdería la final. Perdería el honor, el clásico. Y la pelota sigue elevándose y cruza el área chica. Y Mariani llora. Y los defensores del Independencia retroceden, temiendo el pelotazo de cualquiera de los jugadores que esperan el rebote desde afuera del área. Y la pelota comienza a descender. Pasa por arriba del punto penal. Y sigue bajando. Los defensores festejan. No va a caerle a ninguno de los dos jugadores del San-

ta María que la aguardan desesperados. No. Con el efecto que tomó al tocar las manos del arquero y rebotar, la pelota se desvía. Izarutto la ve acercarse por los aires. No mira el reloj pero lo sabe, deben quedar cinco segundos, o tal vez cuatro. Debe correrse, ver cómo los jugadores se abalanzan sobre el balón, y pitar el final del partido.

La pelota baja, se acerca, debe correrse. El delantero del Santa María que más cerca está del lugar al que caerá, no llegará antes que el defensor, lo sabe



muy bien. Izarutto sabe eso, y sabe el partido perdido. Debe correrse, esperar, y pitar. No puede moverse.

La pelota está sobre él, casi puede tocarla. El delantero corre en vano. El Juez Izarutto se muerde el labio inferior, desarma todas sus barreras mentales y lo hace sin pensar, con el silbato aún en la boca. La para de pecho y, antes de que la pelota llegue al piso, vuelca su propio peso sobre su zurda y, de volea, la revienta de un derechazo.

En ese instante, y ni un segundo des-

pués, la cancha entera hace silencio. Ahoga un grito total y unificado. Todos ven lo que ocurre. La pelota se abre y sube, vuela sobre la cabeza de los jugadores de ambos equipos. El arquero se tira, pero no pasa ni cerca, porque el descenso del balón es rápido y, con la rapidez con la que se abrió antes, de repente, se cierra. De un plumazo. Y el arquero cae al piso, mientras la pelota se clava en el ángulo.

El grito le sale del alma, como la vuela. Lo grita con vehemencia abajo de



la llovizna, y sale corriendo para la popular de atrás del arco, que es la del Santa María. Lo grita y corre y, de golpe, se da cuenta de que el único sonido en toda la cancha es ese, su propio grito. Entonces Izarutto se queda callado. Y pasan algunos segundos así, en los que todo es silencio. Y recién entonces El Juez cae, comprende lo que hizo. Y el alud de gritos baja desde las tribunas y lo arrastra hasta el vestuario. Gritos densos, corpóreos.

No sabe cómo, pero ahí está, en el

vestuario. Entran a buscarlo. Sale corriendo con una campera en la mano. Lo corren. Sale de la cancha. Hay poca gente en la vereda. Gritan su apellido desde atrás. Justo pasa un taxi. Se sube. Indica el destino.

–Increíble lo que acaba de pasar – dice el taxista, señalando la radio–. Viene de verlo, ¿no?

–¿Qué cosa? –Izarutto esconde su cabeza, se tapa el uniforme de réferi con la campera.

–El partido, hombre.



–Ah, no, no.

–¿Y qué estaba haciendo en el club?

–Miraba gimnasia artística –improvisa, rogando que su mentira pase.

–¿Gimnasia? –el taxista se ríe–. En fin, parece que el árbitro, el Izarutto ese, tan correctito, implacable que decían que era, ¿vio? Bueno, perdió la chaveta. ¿Sabe lo que hizo? –no esperó respuesta–. ¡La clavó en el ángulo! ¡El árbitro del partido! Porque todos sabíamos que es fanático del Santa. Pero nunca habríamos imaginado, nunca.

Poco serio, poco profesional...

–Me bajo acá –Izarutto quiere abrir la puerta con el auto en marcha.

–Espere hombre, ¿está loco, usted?

–¡Frene, le digo! –y cuando lo dice, el taxista lo ve por el espejo.

–¡Usted! –frena por la emoción–. ¡El árbitro! ¡No lo puedo creer!

Roberto Izarutto aprovecha y se baja del auto. Luego corre, lo más rápido que puede.

Pasó la noche sin prender la radio,



ni salir de su casa. Por eso no se enteró de que el taxista gozó de una fama momentánea, gracias a las entrevistas que le hicieron para la radio y la televisión. Era lo último que se sabía de Izarutto, y la nota con el testigo único del hecho brillaba por sí misma. A la mañana siguiente, huyó. Primero del barrio, luego de la ciudad y, pocas semanas más tarde, se fue de la provincia.

Casi veinticinco años vivió Roberto Izarutto en un pueblito de Salta, minúsculo, exiliado por el miedo y la ver-

güenza. Por la deshonra. Ya no caminaba erguido. Se veía viejo a sí mismo, y no sentía eso que no tiene nombre y que era lo que, años atrás, hacía que a su alrededor los hombres bajaran la mirada al verlo pasar.

Los impuestos de la casa de Buenos Aires los mantenía desde allá. Se las ingenió, desde que puso un pie en el norte, para mantener económicamente ambos lugares. Pero veinticinco años es mucho tiempo, y las casas de la infancia poseen intrincados mecanismos para



atraer nuevamente a los adultos que las habitaron de niños.

Por cuestiones económicas, el ex réferi no pudo seguir manteniendo ambos lugares. Pensó, entonces, en vender su casita de Buenos Aires, pero para ello tendría que viajar en persona. Tardó dos meses en tomar la decisión, y la tomó sólo porque no existía otra posibilidad al analizar el estado de su cuenta bancaria. Izarutto volvió.

Se dijo que sería poco. Nada más los días suficientes para hacer los trámites,

arreglar con alguna inmobiliaria, y buscarse un lugarcito para ir a parar. No le avisó de su llegada al único contacto que mantenía en Buenos Aires; Norma, su prima. A las pocas semanas de estar en Salta, Izarutto le mandó, a su prima Norma, la llave y el dinero para impuestos que, suponía, podría alcanzar para algo más que dos meses. También una hojita de papel en la que explicaba el propósito de la plata que mandaba, y le prohibía rotundamente dar a conocer su dirección a cualquier persona. Nor-

©

ma le respondió tan desesperada como el resto de su familia y de sus amigos. Izarutto vio la carta y la tiró a la basura, sin siquiera pensar en leerla. Los primeros años de exilio, esa historia, la de El Juez tirando las cartas de su prima sin leerlas, se repetía mes a mes. Luego dejó de ocurrir. Sólo llegaban las facturas de los impuestos pagados. A veces algún presupuesto de albañil, o de pintor. Una vez, casi quince años después de su partida, llegó una llave. Norma había cambiado la cerradura porque es-

taba vieja y oxidada. Nunca llegó mucho más que eso. Izarutto la había elegido a ella porque la conocía muy bien. Era la única persona que no develaría su paradero. No por códigos, sino por la culpa que le generaría hacerlo.

Veinticinco años después, el barrio estaba bastante cambiado. Pero no tanto como Izarutto imaginaba. La cuadra de su casa, de todas las que vio en el taxi que lo llevó desde Retiro hasta allí, era la que menos trasmutada estaba. Las raíces de los árboles levantaban y rompían un



poco más las baldosas, o al menos eso le parecía. El cartel del almacén era un poco más grande, o al menos eso le parecía. El olor de la vereda era el mismo, eso no le parecía, de eso estaba seguro.

Temió que la llave no funcionara bien. Funcionó. Entró en su casa y el aire fresco se abalanzó hacia su rostro y sus antebrazos desnudos. El piso seguía igual. Patinaba donde patinaba antes del exilio, era rugoso y desperejo en los lugares en los que lo era antes. Cada habitación que miraba, sin ex-

cepción, parecía encontrarse detrás de una vitrina. Se sentía caminando por los pasillos del museo de su vida; de su vida pasada. Norma había dejado todo como estaba. Se había limitado, simplemente, a que nada se deteriorara. Las plantas habían sido cambiadas y regadas, las paredes mantenidas en pie, las nuevas goteras arregladas.

Le agarraron ganas de llorar, y no lloró.

Antes de salir al almacén para comprar algo de comida, se quedó clavado,



mirando la puerta. Dudaba. Temía que alguien lo reconociera. Le sudaban las palmas de las manos, le temblaban un poco las piernas. Respiró profundamente, para relajarse, dos o tres veces, y arrancó.

Caminó hasta la esquina, al almacén, nervioso. Lo tranquilizaba un poco, de todas maneras, saber que el gallego que lo atendía veinticinco años atrás no iba a reconocerlo, ya que debía haber muerto. Abrió la puerta y escuchó la campanita. Lo atendió una chica. Su simpatía lo cal-

mó un poco más. Pagó, agarró sus bolsas, y empezó a caminar hacia la puerta. Pero la campanita volvió a sonar.

–Usted... –le dijo el pibe que entró al almacén, con la camiseta del Santa María–. ¡Usted es Izarutto!

–No –es lo único que pudo decir el Juez. Eso, y nada más.

El chico se acercó, y le miró la cara con detenimiento. Primero de frente. Luego el perfil. Se rió.

–¿Cómo que no? ¡Usted es Izarutto!



–Te digo que no pibe, no me rompás los huevos –Izarutto tragó saliva. El pibe parecía bastante convencido pero, en el fondo, dudaba. Intentó esquivarlo y salir del lugar. Se imaginó corriendo por la cuadra. Corriendo para salvarse, para que no lo cagaran a trompadas. Él, el culpable de la deshonra de veinticinco años atrás. El chico, de menos de veinte años, lo frenó. Lo tomó de los hombros.

–¡No lo puedo creer! –temblaba–.
¡Roberto Manuel Izarutto!

–Sí –aceptó su destino. No le importaban si lo colgaban en la plaza del barrio, mientras la multitud, vestida de camisetas rojas, azules y blancas, observaba el espectáculo aplaudiéndolo.

–Maestro, no lo puedo creer –el pibe se largó a llorar–. ¿Lo puedo abrazar?

Sin esperar respuesta el chico lo abrazó. Estuvo un rato ahí, en el hombro de Izarutto, llorando.

–¿Tenés una fibra? –le preguntó a la vendedora del almacén, que los miraba estupefacta. Se la dio–. Para Pablo,



ponga, Juez. Por favor –le dijo, entregándole la fibra y estirándose la camiseta–. No lo puedo creer. Cuando le cuente a los muchachos.

Izarutto firmó en piloto automático. No entendía lo que pasaba.

–Venga, maestro, venga –el pibe le abrió la puerta–. ¡Viejo! –gritó–. ¡Viejo! ¡Mirá quién está acá!

Un hombre de poco más de cuarenta y cinco años, fornido, cruzó la calle de adoquines y se acercó a su hijo. Lo miró con una expresión que demostraba que

no quería que lo hiciera perder el tiempo. Cuando vio a Izarutto, su rostro duro cambió al instante.

–No lo puedo creer –dijo–. ¡Maestro! –y se largó a llorar él también–. Yo estuve ahí, maestro. ¡Yo estuve esa tarde en la cancha! ¡Gracias maestro, gracias!

Un tipo que pasaba frenó a ver qué ocurría. No lo reconoció al principio. Tal vez por la panza, las canas y los anteojos. Pero cuando entendió quien era, comenzó a gritar lo mismo que el padre del chico del almacén. Luego sacó su



celular del bolsillo y, previo pedido de permiso, se sacó una foto con Izarutto, mientras el pibe hablaba desde su teléfono con un amigo.

Así fue llegando gente. Uno tras otro. En su mayoría hombres, y chicos. Pero también se acercaron mujeres. Abuelos, y abuelas. Fue de a poco, pero para Izarutto el tiempo volaba. De golpe estaba allí, parado en su vereda, rodeado por la mitad del barrio. Y, mientras le hablaban, lo hacían caminar. Y se sacaban fotos. Y le hacían firmar pelotas,

camisetas, y hasta papeles cuadriculados arrancados de algún cuaderno en el apuro de la primicia de su presencia en el barrio. Cada dos o tres personas que lo saludaban, una le preguntaba lo mismo; por qué se había ido, por qué había desaparecido.

Y de repente estaban ahí. Era una casa, pero la puerta estaba abierta, y tenía un cartel rojo, azul y blanco. ‘Peña Deportivo Santa María, Filial Roberto Izarutto’.

Lo entraron. Casi no lo dejaban apoyar los pies en el piso para caminar



por sus propios medios. De las paredes colgaban posters con las formaciones de cada año del Deportivo Santa María. Había una foto suya, la vio cuando la gente se corrió. Estaba tomada en el momento exacto en el que le daba de volea a la pelota, mojado por la llovizna, en la final de veinticinco años atrás.

En el medio del lugar había una estatua. Una estatua chica, de yeso, con un Roberto Izarutto muy poco favorecido por la mano del escultor. El Juez agradeció, aunque le pareció horrible.

Y otra foto, y otro autógrafo, y otro reproche por la huida.

Sólo cuando la multitud se calmó, logró acercarse a la mesa del fondo. Había un libro gordo, tentador. Se sacó dos fotos más. Abrió el libro. Eran recortes de diarios y revistas. Entre el olor a humedad y las hojas amarillentas, se escondía la parte de la historia que le faltaba a Izarutto.

Sí, aceptó la invitación al asado de aquella noche en la peña. Pero se llevaría el libro para hojearlo. Los hinchas se



lo cedieron gustosos.

Los primeros recortes que leyó en su casa eran de la incertidumbre posterior al encuentro. Contaban cómo el partido se finalizó después del abandono de Izarutto, ya que el árbitro que debía reemplazarlo consideró que el tiempo se había cumplido en el momento en el que El Juez escapaba de la cancha. Seguían algunos recortes con opiniones de varios hinchas y dirigentes. La mayoría defenestraba al ex réferi. Pero después de esos, el libro contenía varios más.

Izarutto leyó uno que acompañaba a una foto suya con la cara desencajada, gritando el gol. El presidente del club había objetado el resultado final del partido, el triunfo cedido al Independencia. Se basaba en que el árbitro, para el reglamento, es un objeto más en la cancha. La pelota rebotando en el réferi es equivalente a la pelota rebotando en un palo. En el libro seguían varios recortes más, todos acompañando las idas y vueltas de la discusión del reglamento. Recién en los últimos diez recortes, de los que



uno había sido extraído de un diario español y otro de uno inglés, ya que la noticia había adquirido fama mundial por su rareza, Izarutto encontró la pieza que le faltaba para armar el rompecabezas. Inexplicablemente, el reglamento no contemplaba la situación ocurrida durante la final. Por lo que habían decidido que, sosteniéndose de los andamios de las reglas del fútbol, Izarutto, a la hora de patear, era lo mismo que un travesaño, o el banderín de córner. Se decretó empate. Había que desempatar, como

si el partido hubiese continuado. Santa María ganó el clásico, y el campeonato, por penales.

Le agarraron ganas de llorar, y lloró.

Izarutto entra a la peña. El olorcito a asado se siente desde una cuadra de distancia. Camina erguido. Acepta algunas fotos, y posterga otras. Está feliz, aunque le falta algo. No lo admite pero, en el fondo, extraña que lo puteen.





SIEMPRE ABIERTO



Se despertó decidido, como si en sueños hubiese terminado de convencerse. No tardó en bañarse, ni en desayunar, ni en salir de la casa. Caminó hasta el centro, porque no tenía ganas de esperar el colectivo. Iba tranquilo, aunque hacía frío silbaba y sonreía. Inconsciente de ello, ya disfrutaba de lo que iba a hacer. Llegó a la tienda. Un cartel col-

gaba de la puerta. Decía ‘abierto’, y le habían escrito la palabra ‘siempre’ arriba. Siempre abierto. Giró el picaporte, empujó la puerta que hizo sonar una campanita que colgaba, y dio un paso hacia adelante.

Caminará hacia el mostrador, cruzando el local y las estanterías blancas que le parecerán vacías; completamente vacías. Baldosa negra, baldosa amarilla opaca, baldosa negra, baldosa amarilla opaca. Cuando llegue, el Ven-



dedor lo estará esperando. El Vendedor y su bigote gordo y sus ojos sin brillo. El Vendedor y su traje gris con corbata apenas más oscura. El Vendedor y su pelo tirante y engominado. El Vendedor y sus manos entrecruzadas sobre el mostrador, y su sonrisa extraña que no se puede descifrar. El Vendedor de Instantes Inasibles.

–Bienvenido –le dirá–. ¿Puedo ayudarlo?

–No lo sé –el Hombre dudará–. Quiero... quiero comprar algunos Instantes.

–Muy bien, muy bien. Me veo obligado a advertirle, sin embargo, que este tipo de transacciones...

–No se preocupe –el Hombre lo interrumpirá, pues la decisión estará tomada desde antes de ingresar a la tienda–, ya estoy decidido y sé todo lo que tengo que saber al respecto.

–Muy bien, muy bien –repetirá el Vendedor–. Lo escucho, entonces. ¿Qué desea llevar?

El Hombre lo resolverá ahí mismo, enfrente del mostrador de la tienda. No

©

tendrá pensado de antemano qué llevarse exactamente. Pero no le será demasiado difícil.

–Bueno, a ver... –pensará un instante–. Quiero brindar. Brindar con amigos.

–Perfecto. ¿Cuántos amigos van a ser?

–No lo pensé aún –dudará un poco–. Con uno está bien. Mano a mano.

–Excelente elección –festejará el Vendedor–. Y no será el primer brindis, sino el tercero. Dos vasos vaciados hacen disfrutar más los instantes.

–¿No me diga? ¿Dos?

–Sí, señor. Dos –asentirá, mientras anota con lápiz en una libretita blanca y sale del mostrador para sacar los Instantes Inasibles de las estanterías de su tienda–. ¿Qué más puedo ofrecerle?

–Estaba pensando en una sonrisa – el Hombre mirará al suelo al decirlo, por timidez.

–Una sonrisa... –anotará en su libreta–. ¿La de alguien en especial? ¿O cualquier sonrisa?

–No, no. La de la mujer que me gusta.

–¿Está enamorado? –querrá saber el



Vendedor, con su hablar lento, pausado, viscoso.

–Sí, señor. Muy enamorado –el Hombre sonreirá. El Vendedor intentará hacerlo–. Y, si puede ser, me gustaría que la sonrisa sea de cerca.

–¿Cuánto de cerca?

–No mucho, no mucho. Sólo lo suficiente como para sentirle el perfume.

–Acá, entre nos, escúcheme una cosa, caballero –el Vendedor se acercará al Hombre, y hablará casi confidentemente.

–Lo escucho.

—¿No prefiere llevarse un beso de la señorita? ¿O el nudo de excitación en la boca del estómago al verla desnuda por vez primera?

—No, no. Le agradezco.

—Es más. Mire que puedo hacerle un muy buen precio, eh —abrirá grandes sus ojos que no brillan—.

El beso se lo podría dejar casi al precio de la sonrisa. Una ganga.

—No, no, le agradezco —le repetirá el Hombre, que ni siquiera se planteará aquella posibilidad—. Una sonrisa me



basta. Mientras sienta su perfume.

–¿Y su perfume es fuerte? –alzará las cejas mientras escribe en su libreta, como resignado y sin poder creer que el Hombre no aceptara su oferta—. Le pregunto para calcular la distancia máxima a la que tendría que sonreírle.

–Es el perfume de las flores.

El Vendedor dará unos pasos hacia adelante y hacia atrás. Supondrá así la distancia entre el Hombre y la sonrisa de la mujer que ama. Luego caminará hacia una de las estanterías del fondo

para sacar de ella otro Instante Inasible.

–¿Qué más puedo ofrecerle, caballero?

–Oler el tuco de mi abuela.

–Buena elección –el Vendedor se acercará a otra estantería para sacar ese Instante.

–Pensaba en tomar unos mates con mis viejos...

El vendedor se pondrá más serio que antes. Se acercará demasiado al hombre y mirará con fuerza a sus ojos. Más adentro que afuera. Lo mirará y hablará otra vez.

©

–Sabe que no tengo eso. No puedo traerle gente que ya no esté, no puedo romper las leyes de la existencia, señor.

–Lo sé, lo sé –se excusará el Hombre–. Debo haberme expresado mal. Quiero sentir un mate con mis viejos. Quiero recordarlo al tomar un mate cualquiera.

–Ahora nos entendemos mejor –le dará unas palmadas en el hombro–. Como oler el tuco de su abuela.

–Como oler el tuco de mi abuela.

–Con cuidado, buen hombre –le dirá

mientras busca en otra estantería del fondo de la tienda—. Que en los presentes que se lleve no intente volver al pasado.

—Quédese tranquilo —el Hombre volverá a sonreír, porque estará seguro de sus palabras—. Sólo busco el calor de la instantánea felicidad, no el frío de la eterna nostalgia.

—Mejor así, mejor así —el Vendedor se asomará desde atrás de la estantería en la que habrá buscado—. El mate, ¿dulce o amargo?

—Amargo.

©

–Amargo, entonces –retirará un Instante Inasible más, con entusiasmo por la importante e inesperada venta de aquella mañana–. ¿Qué más, caballero? Mire que por semejante compra voy a ser considerado a la hora de cobrarle, eh.

–No sé. ¿No es demasiado, ya? –se preocupará, por primera vez en todo el día. Siempre sucede, incluso cuando las decisiones son férreas, duras como un muro antiguo. Tarde o temprano, el decidido flaquea.

–Eso sólo puede saberlo usted, hom-

bre. No creo que sea capaz de ayudarlo a decidir.

Y el Hombre suspirará. Y sonreirá otra vez, tranquilo, en paz. Y sus elecciones serán dichas con tanta rapidez que el Vendedor tendrá que dedicarse a anotar y a acotar, a anotar y a acotar.

–Quiero hacerle un mimo a un perro.

–Muy bien, muy bien. Moverá la cola en ese instante.

–Y quiero oler la tierra mojada del verano.

–Un clásico, nunca falla.

©

–Quiero intrigarme con un libro.

–Se intrigará.

–Y cuando me intrigue el libro, quiero sentir su olor a libro.

–Hombre, ¿qué tiene usted con el olfato?

–Quiero escuchar una parte de una canción de Spinetta –el Hombre no se molestará en contestar la pregunta del Vendedor y seguirá con su lista de Instantes deseados.

–Puede poner un disco.

–No, no. Quiero escucharla en un

momento inesperado. Que alguien la vaya cantando por la calle, que suene en la radio; no sé. Quiero la parte de *Doscientos años* que dice ‘doscientos años, ¿de qué sirvió haber cruzado a nado la mar?’. ¿Escuchó la magia que le pone ese tipo?

–¿Esa parte sola? Mire que puedo hacerle precio por la canción entera.

–Con esa parte está bien.

–Voy a buscar sus Instantes...

–Quiero sentirme atrapado por una película –lo interrumpirá–. Atrapado o



emocionado, usted me entiende. Quiero sentir que sólo existe la película. Y quiero que eso pase mientras como chocolate. Chocolate con leche, del que se deshace solo en la boca.

–Perfecto. ¿Algo más? –el vendedor pensará que con aquellas ventas podría cerrar la tienda durante el fin de semana sin que aquello lo afectara en absoluto. Podría cerrarla, pero no lo hará.

–Quiero que un chiste malo me haga reír. Y cruzarme por la calle a alguien que extrañe y que no vea desde hace

mucho. Pero darme cuenta justo ahí de que lo extraño.

–Un encuentro extenso ya no corresponde a esta tienda, caballero. Aquí, sólo Instantes, Instantes Inasibles –la voz del Vendedor seguirá sonando pastosa, y sus palabras lentas y viscosas.

–No hay problema. Que sea eso nada más, cruzarme a esa persona por la calle. ¿Vio cuando uno se encuentra a alguien, se saluda de lejos, y sigue caminando sonriente sin saber por qué?

–No, nunca me pasó –dirá el Ven-



dedor.

–Debería usted salir más, entonces.

–Esta tienda es una amante exigente y prohibitiva. Usted entenderá.

–No, nunca me pasó –dirá el Hombre.

–¿Algo más? –la sonrisa sin alegría del Vendedor volverá a aparecer en su boca.

–No.

–Bueno, entonces déjeme que...

–Bah, en realidad sí. No me voy a quedar con las ganas. Quiero estar por dormirme en la siesta y que una lluvia

arranque a pegar en el techo, quiero estornudar con fuerza después de esos estornudos truncados que nunca llegan a ser estornudo.

El vendedor seguirá anotando. El Hombre seguirá pidiendo.

—Quiero sentarme a planear un viaje. Quiero festejar un gol. Uno mío. Quiero tener una toalla caliente un día de frío al salir de la ducha, pero sólo si antes pensaba que la toalla iba a estar fría; así me sorprende. Quiero quedarme dormido en un lugar que no sea para dor-



mir, no sé, en el banco de una plaza, en el medio de un bosque, en la playa; improvise.

–¿Algo más? –el Vendedor intentará ocultar su euforia.

–Nada más. Gracias por la paciencia.

–Por favor, caballero. A su servicio.

El Vendedor se retirará a hacer un rápido viaje entre las estanterías, a través de los pasillos de Instantes Inasibles, para recolectar todos los solicitados. Creerá que ese Hombre está demente por derrochar de semejante manera

pero, por supuesto, no lo dirá. Negocios son negocios, eso es lo que pensará. Ese es su lema. Esa es su vida.

—¿Sabe qué? —sonará la voz del Hombre, terminando de convencerse.

—¿Qué? —preguntará el Vendedor sin dejar de buscar los Instantes Inasibles. Temerá que se arrepienta de su compra antes de marcharse de la tienda.

—Agrégue una sonrisita más. No me quiero quedar corto, ¿vio?

—¿De Ella?

—Sí, de Ella. Y no se olvide de lo que



le pedí de la distancia justa para sentir...

–Su perfume. Lo recuerdo, quédese tranquilo.

–Gracias. Es que huele como las flores, hace que uno cierre los ojos con fuerza.

–Espere a ver la sonrisa antes de cerrar los ojos. Si no, se la va a perder.

–Voy a hacer lo posible. Si no lo logro, valdrá la pena igual.

El Vendedor volverá detrás del mostrador, después de un par de minutos. Colocará todos los Instantes en una balanza. Una balanza de tiempo, como el

Hombre nunca vio en toda su vida. Una bandeja de metal cascada, sostenida por una cadena, un gran reloj de arena en la parte superior y un péndulo largo, del tamaño de una persona, que cae por detrás. Un péndulo que va y viene, que nunca para de ir y venir pero que, al observarlo con detenimiento, puede notarse que cada vez que sube hasta su altura máxima, se queda como suspendido para siempre antes de bajar. Se suspende para siempre, pero baja igual. Y vuelve a subir, y a suspenderse para



siempre. El Hombre descubrirá que el péndulo nada tiene que ver con el reloj de la balanza. Descubrirá que el péndulo está allí solo para recordar al Vendedor, con su ruido y movimiento, que el tiempo sigue caminando; que siempre hay que asegurarse de que camine hacia donde tiene que caminar. Pero al Hombre eso no le importará para nada. No. Ya no.

–Bueno, caballero –anunciará el Vendedor después de dejar sus Instantes Inasibles en la bandeja de la balanza y

de que el reloj deje caer una importante cantidad de arena desde su parte superior a su parte inferior—. Voy a hacerle precio, por la importancia de su compra, y porque usted me cae muy bien.

—Se lo agradezco.

—Van a ser cuatro kilos doscientos de Futuro Asegurado —trazará una larga línea en su libreta, como cerrando las cuentas—. Por ser usted, digamos... tres kilos novecientos cincuenta. ¿Le parece?

El Hombre buscará por primera vez su Futuro Asegurado. No sabrá dónde



hacerlo. El Vendedor, acostumbrado a compradores inexpertos, le señalará su bolsillo derecho. El Hombre tanteará con la mano y luego sacará, exactamente, cuatro kilos de Futuro Asegurado que llevaba, sin saberlo, en el bolsillo derecho de su pantalón. Se los entregará al Vendedor, y éste le dará dos bolsas de papel con sus Instantes Inasibles. Luego pondrá el pago del Hombre sobre la bandeja vacía de la balanza y observará cuánta arena sube al compartimiento superior del gran reloj.

–Me está dando cincuenta gramos de Futuro Asegurado de más, buen hombre. Espere que le separe el vuelto.

–No, por favor, ¡faltaba más! Ha sido usted muy amable, puede quedarse con eso. Un poco menos de Futuro Asegurado no le hace mal a nadie.

–¿Seguro?

–No. Y creo que esa es la gracia.

–Tome, entonces –le dirá sin entender el comentario del Hombre, pero sacando de debajo del mostrador un chocolate envuelto en papel violeta, que

©

desentona de sobremanera con el resto de la tienda gris y opaca, y con la inexpresividad de su rostro—. El chocolate que mencionó para el Instante de sentirse atrapado con la película lo invita a la casa.

—Bueno, muchísimas gracias —lo tomará contento, lo guardará en un bolsillo de la campera, pero no se irá aún—. Ahora, tengo una pregunta.

—Lo escucho.

—Cuando todo esto me suceda, quiero decir, cuando tenga mis Instantes

Inasibles...

–Quédese tranquilo, caballero –lo interrumpiré hablando lento y viscoso como siempre. Lento y viscoso porque ese también es el futuro que se asegura día a día, un futuro lento y viscoso. Mas, un futuro asegurado–. No recordará haber comprado sus Instantes al vivirlos, ni después. Tal vez ni siquiera pueda arrepentirse del Futuro Asegurado que ha invertido.

–No me arrepiento. Aunque usted no pueda entenderlo. Le agradezco su



atención.

–Vuelva cuando quiera. Estoy a su servicio.

–Siempre va a estar en esta tienda, ¿verdad?

–Siempre.

–Suerte.

–Gracias, pero no la necesito. Tengo el futuro asegurado.

El Hombre caminará hasta la puerta. Intentará calcular, antes de salir, cuánto tiempo estuvo ahí adentro. No podrá ni siquiera adivinarlo, ya que descubrirá

que perdió la noción de los minutos y de las horas hablando con el Vendedor y con el sonido potente y eterno del péndulo de detrás del mostrador. Abrirá la puerta, sonará la campanita. Dará un paso hacia adelante.

Las bolsas no le pesan. Ni siquiera ocupan lugar. Camina por la vereda contento por lo que acaba de hacer. Hay un suave aroma a café en el aire y lo sigue. Las baldosas están desparejas y levantadas por las raíces. La calle es de



adoquines. Llega a un bolichito en una esquina. Tiene las paredes amarillas. Adentro hay pocas personas, tal vez tres, tal vez cuatro. Escucha el ruido de la máquina haciendo que la leche levante espuma. Entra, se sienta y el mozo se acerca a atenderlo. Pide un café, en pocillo, y una medialuna dulce. Le da lo mismo si le traen un vasito de soda o de agua. Piensa en las personas que están sentadas en el resto de las mesas. Piensa si sabrán cómo se siente, si podrán acaso notar su alegría, su paz. La paz

de arrancarse las amarras del pasado inexistente. La paz de comprender que el futuro es sólo espacio, vacío sideral. La paz de sentarse en la silla del presente, incómoda o no. Si, a fin de cuentas, sólo eso existe. El Hombre, la silla de madera que ocupa. La baldosa que pisa, desgastada por los pasos. Y el ruido de la máquina y el olor del café. Y el árbol de la calle, y la tierra que lo sostiene. Y las entrañas del planeta, y los abrazos, y las despedidas. Y los fuegos eternos de los corazones del universo, y la

distancia entre los ladrillos que forman cada cosa, y que es infinitamente larga y corta. Y la idea que cruza su cabeza. Un instante. Ahora. El imperfecto, eterno y fugaz presente.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

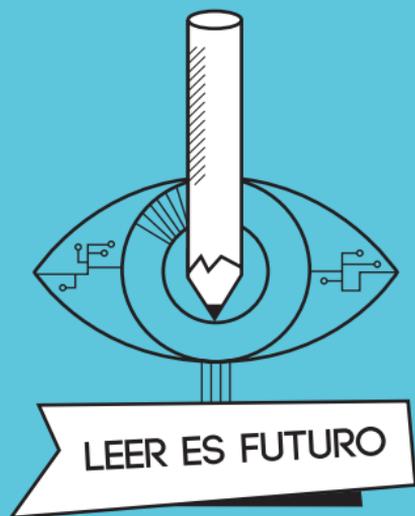
JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS

SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina